

# LA GUERRA Y LA PAZ

Tradiciones y contradicciones

Alberto Carrillo Cázares  
Editor  
Volumen II



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

**LA GUERRA Y LA PAZ  
TRADICIONES Y CONTRADICCIONES**

**Alberto Carrillo Cázares  
Editor**

**Volumen II**



**El Colegio de Michoacán**

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	
<i>Alberto Carrillo Cázares</i>	11
I. MARCO DE REFERENCIA: EL BINOMIO GUERRA-PAZ EN EL MUNDO DE HOY	
Guerra y sociedad: naturaleza de los conflictos armados	
<i>Modesto Suárez</i>	19
Los caminos de la paz en el mundo actual	
<i>Jean Meyer</i>	35
La teología cristiana ante la guerra justa	
<i>Joseba Segura Etxezárraga</i>	47
Comentario a los trabajos de Jean Meyer y Joseba Segura Etxezárraga	
<i>Raúl Duarte Castillo</i>	67
La seguridad nacional: concepto y evolución en México	
<i>Agustín Maciel Padilla</i>	71
La guerra fría revisitada	
<i>Ignacio Sosa</i>	107
Centroamérica: proceso de paz y perspectivas de futuro	
<i>Luis Armando González</i>	119
Nicaragua: la guerra en la prensa y la literatura	
<i>Andrea Fernández</i>	139
Actualidad de la guerra en Chiapas	
<i>David Velasco Yáñez</i>	157

Comentario a los trabajos de Agustín Maciel, Luis Armando González y David Velasco Yáñez <i>Andrés Fábregas Puig</i>	181
--	-----

## II. GUERRA Y PAZ EN LAS TRADICIONES RELIGIOSAS, FILOSÓFICAS E IDEOLÓGICAS

El elemento religioso en la rebeliones indígenas <i>José Francisco Román Gutiérrez</i>	189
---	-----

La guerra cristera en el pensamiento de los combatientes: el caso del general José Gregorio Gutiérrez <i>José Antonio Gutiérrez</i>	199
---	-----

El reino de Dios en la tierra. Apocalipsis y orden religioso en el umbral del tercer milenio <i>Miguel J. Hernández Madrid</i>	211
---	-----

## III. LA GUERRA Y LA PAZ EN LAS TRADICIONES JURÍDICAS

El <i>Ius Belli</i> en la historia del derecho hispano <i>Remedios Morán Martín</i>	227
--	-----

La doctrina de los agustinos novohispanos sobre la guerra y la paz <i>Roberto Jaramillo Escutia</i>	243
--	-----

¿Objeción de conciencia sobre la conquista de las Filipinas? Del equívoco de las Indias al sueño de la China <i>Francisco Miranda</i>	279
---	-----

Comentario a los trabajos de Remedios Morán Martín, Roberto Jaramillo Escutia y Fran- cisco Miranda <i>Jorge Adame Goddard</i>	299
--	-----

Los franciscanos y la frontera chichimeca. Experiencias, actitudes e ideas sobre la paz y la guerra en el territorio de frontera <i>Francisco Morales</i>	309
---	-----

Comentario al trabajo de Francisco Morales <i>Carlos Manuel Valdés</i>	325
---	-----

Del arte de la guerra a la razón de Estado. Cuatro tacitistas novohispanos del siglo XVII <i>Salvador Cárdenas Gutiérrez</i>	331
---	-----

#### IV. LA GUERRA Y LA PAZ EN LAS TRADICIONES HISTORIOGRÁFICAS

La guerra: vencedores y vencidos en fray Hernando de Talavera y su proyección en otras conquistas <i>Luis Díaz de la Guardia y López</i>	353
Comentario al trabajo de Luis Díaz de la Guardia y López <i>Ernesto de la Torre Villar</i>	369
Los rostros de Cronos o el ensanchamiento mental del Atlántico hispano en la Nueva España del siglo XVIII <i>Óscar Mazín</i>	371
Comentario al trabajo de Óscar Mazín <i>Ernesto de la Torre Villar</i>	377
Guerra y paz en la frontera chichimeca-otomí <i>José Ignacio Urquiola Permisán</i>	379
Querétaro, sitio de frontera en la Gran Chichimeca <i>Aurora Castillo Escalona</i>	399
Con abrazos y no a balazos: consenso y guerra civil en la Independencia novohispana, 1808-1821 <i>Guadalupe Jiménez Codinach</i>	411
Guerra y paz en el Querétaro de 1821 <i>Ángela Moyano Pahissa</i>	425
Comentario al trabajo de Ángela Moyano Pahissa <i>María del Refugio González</i>	441
Los estados armados: milicias cívicas y sistema federal en México (1824-1835) <i>José Antonio Serrano</i>	445
La revuelta tuxtepecana y la paz porfirista. El caso de San Luis Potosí <i>Luz Carregha Lamadrid</i>	457
Ni guerra ni paz. Un conflicto político militar en Querétaro en 1880 <i>Francisco Javier Meyer Cosío</i>	481
La guerra de los símbolos en la revolución de Querétaro <i>Guadalupe Zárate Miguel</i>	491

Comentario a los trabajos de José Antonio Serrano, Luz Carregha Lamadrid, Francisco Javier Meyer Cosío y Guadalupe Zárate Miguel <i>Ignacio Almada Bay</i>	501
---	-----

## V. LA GUERRA Y LA PAZ EN LAS TRADICIONES LITERARIAS

La ficcionalización de la guerra <i>Eugenia Revueltas</i>	509
La guerra y la paz en la obra bernaldiana <i>Herón Pérez Martínez</i>	519
Guerra y paz en las crónicas del virreinato del Perú <i>Beatriz Gómez-Pablos</i>	539
Guerra y paz en la novela mexicana del siglo XIX <i>José Lameiras</i>	551
Carabinas de palo, balas, fuego y corridos: sabiduría popular en la revolufia <i>Álvaro Ochoa Serrano</i>	605
Minifoto del pacifista Alfonso García Robles <i>Luis González y González</i>	617
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>623</b>
<b>ÍNDICE ANALÍTICO</b>	<b>635</b>
<b>ÍNDICE ONOMÁSTICO</b>	<b>645</b>
<b>ÍNDICE TOPONÍMICO</b>	<b>685</b>

## LA GUERRA Y LA PAZ EN LA OBRA BERNALDIANA

Herón Pérez Martínez  
*El Colegio de Michoacán*

Todo tiene su momento y cada cosa su tiempo bajo el cielo. Hay tiempo para nacer, y tiempo para morir; tiempo para plantar, y tiempo para arrancar lo plantado. Hay tiempo para matar, y tiempo para sanar; tiempo para destruir, y tiempo para edificar. Hay tiempo para llorar y tiempo para reír; tiempo para lamentarse, y tiempo para danzar. Hay tiempo para tirar piedras, y tiempo para recogerlas; tiempo para abrazarse y tiempo para separarse. Hay tiempo para buscar, y tiempo para perder; tiempo para guardar, y tiempo para tirar. Hay tiempo para rasgar y tiempo para coser; tiempo para callar, y tiempo para hablar. Hay tiempo para amar, y tiempo para odiar; tiempo para la guerra, y tiempo para la paz.

*Cohélet, 3, 1-9*

### LA GUERRA Y LA PAZ EN LA LITERATURA

La guerra y la paz han sido dos dimensiones de la convivencia humana que han configurado una buena parte de los marcos institucionales en que se ha desarrollado la historia humana. A veces como etapas sucesivas de un mismo proceso, otras como magnitudes que, incluso coexistiendo, son parte de una dinámica humana que necesita esos extremos para encontrar el punto medio en el que se dice que está la virtud. En una hipotética semiótica de la cultura, la guerra y la paz tienen sus símbolos: la incomunicación, la resistencia, la violencia, la discordia, la destrucción, el estruendo ruidoso, la muerte, la tristeza, el sufrimiento y el dolor, no importa en qué formas culturales se expresen, forman parte del campo conceptual de lo bélico y sus símbolos. Edificar, sembrar, amar, la quietud, la concordia, la alegría, por el contrario, lo son de la paz. En la cultura humana, la guerra parecería haber desarrollado más símbolos que la paz. La guerra y la paz, en todo caso, son dimensiones tan intensas del espíritu humano de las que sólo se puede hablar a través de lenguajes de más de un plano, como la literatura.

La literatura, en efecto, expresa simbólicamente universos de realidades que, aunque escapan a las codificaciones propias de los lenguajes conceptuales, funcionan sin embargo socialmente y dan sentido a los momentos y vivencias más profundos y fundamentales del ser humano. El lenguaje literario, en efecto, por tener una entidad lingüística propia, tiene la

capacidad de crear su propia realidad y, en consecuencia, de remitir y hacer funcionar mundos expresivos particulares. En consecuencia, las relaciones entre los elementos constitutivos del signo literario, en cualquiera de sus modalidades, funcionan de manera distinta a como funcionan en el signo lingüístico a secas: cualquier texto literario, pues, emite más información que la del sentido directo de las palabras que lo componen.<sup>1</sup> Es que el lenguaje literario suele construir sus referentes en forma de montajes a varios pisos sustentados siempre, en el piso de abajo, por las cosas de la vida cotidiana y sus codificaciones conceptuales. El lenguaje literario que ha creado el mundo, como lo muestra el mito, y los mundos, como lo muestran las literaturas, constituye el taller en que aprendemos a decir las cosas del sentido y el arte del discurso.

Por eso la literatura ha cargado sobre sí, a lo largo de nuestra historia cultural, los más humanos bagajes de sentido. De la misma índole que la experiencia mítica, la experiencia literaria, en especial la poética, tiene que ver con lo numinoso como se llama, desde Rudolf Otto,<sup>2</sup> lo tremendo, lo terrible, lo espantoso, lo sublime, lo majestuoso, lo heroico, lo fascinante, lo dichoso, lo encantador, lo fantástico, lo indecible. En palabras de Otto, “del objeto numinoso sólo se puede dar una idea por el peculiar reflejo sentimental que provoca en el ánimo” (Otto:22). Los ribetes con que, en lo más hondo e íntimo del espíritu humano, han calado tanto la guerra como la paz, han configurado las trazas de lo literario.

Si acaso, hurgando en los albores de la literatura, se puede constatar que fueron los reflejos de la guerra en el ánimo humano los que primero trazaron los cauces de lo literario. La más antigua de nuestra literatura nace de la guerra y ha encontrado en las múltiples y terribles situaciones de lo bélico su más poderoso estímulo: si el mito nace para narrar la lucha cósmica de los dioses contra el caos primordial, cualquiera que hubiera sido su forma, de la que nace el orden de las cosas; la epopeya canta los hechos heroicos que han dado las estructuras sociales vigentes a los pueblos: el epos heroico glorifica los méritos de quienes un pueblo elige como héroes.<sup>3</sup>

La literatura de la guerra se divulgó en mitos, sagas, leyendas, cuentos, historias: una textualidad, en suma, tejida con acciones épicas intensas estructuradas en torno al tiempo. Entre nosotros, la literatura de la guerra produjo obras no sólo del tipo de nuestras cosmogonías y nuestras epopeyas, como la *Relación de Michoacán*, sino las crónicas e historias emanadas de las guerras de conquista, tanto como, andando el tiempo, los corridos o las novelas de la revolución.

Como reflujo de la guerra, la literatura de la paz, en cambio, cuando los belicosos dioses creadores se aquietaron, empezó a construir paraísos, espacios agradables para la vida. Así, la palabra poética, como la profética, primero se dedicó a la guerra y luego construyó la paz: al poeta le fue dicho, como al profeta, “mira, yo pongo mis palabras en tu boca, hoy te establezco sobre pueblos y reyes, para que arrases y destruyas, para que edifiques y plantes”.<sup>4</sup>

1. Cf. Fernando Gómez Redondo, *El lenguaje literario. Teoría y práctica*, 2ª ed., Madrid, EDAF, 1996.

2. *Das Heilige*, Munich, 1936. Hay una traducción al español publicada por Alianza Editorial (Madrid, 1980) bajo el título, *Lo Santo*. Véase, también, Kurt Hübner, *La verdad del mito*, México, Siglo XXI, 1996, p. 18

3. Cf. Vladimir Propp, *El epos heroico ruso*, 2 t., Madrid, Fundamentos, 1983

4. Jr 1,10.



Cuando acabó la lucha cósmica, la palabra creadora terminó construyendo las moradas de los dioses y de los hombres.

Por eso la literatura de la guerra prefiere la cantiga, la lira, la elegía o la égloga; le gusta estallar con frecuencia en forma de canto rebosante, lo mismo que desgranarse en meditación pausada en que las palabras surcan el viento como si fueran lágrimas resbalando por alguna mejilla. A las palabras con que se teje la literatura de la paz, en todo caso, les gusta presentarse majestuosas y con ropaje elegante, les gusta romper los esquemas cautos del orden social preestablecido, y ataviarse como si vinieran de una fiesta; bien pulidas: las palabras que cantan suelen ser más pulidas que las perlas y recorrer el mundo siempre nimbadas de silencio, como si fueran una oración.

En todo caso, la literatura de la paz, como interiorización en los desbordes de lo numinoso, es una textualidad musical alimentada por las cosas del corazón; por los sentimientos y emociones que despiertan la naturaleza y sus fenómenos, la tierra y sus frutos, la agricultura, la civilización, el progreso. Literatura de la paz es, por ejemplo, la poesía lírica: tanto la que nació canción en torno a las penas y las alegrías de la vida, como la construida sobre sueños. En todo caso, el canto que va más con la lira es el que procede de los reboces de la paz: el canto al amor tanto como, a su modo, la poesía mística y, como decía, la poesía bucólica que canta la paz y quietud de la vida campirana en contraste con la guerra. La paz, a saber, de quien de las espadas ha forjado arados y de las lanzas ha hecho podaderas<sup>5</sup> y da cauce a la explosión del sentimiento poético según la imagen virgiliana de la primera égloga:

Tendido al pie de tu haya de ancha sombra,  
Tú, Tíiro, en el leve caramillo  
Ensayas tus tonadas campesinas.  
Nosotros de la patria en los linderos,  
Adiós decimos a sus dulces campos,  
Nosotros de la patria fugitivos...  
Tú, tendido a la sombra, al eco enseñas,  
Oh, Tíiro, a que el bosque te repita:  
¡Amarilis hermosa!<sup>6</sup>

O de acuerdo con el cúmulo de sentimientos que evoca fray Luis de León en su célebre oda la “Vida retirada” que empieza con la célebre lira:

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal rüido  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Si es perogrullada decir cuánto la guerra y la paz configuraron la traza de los múltiples senderos de la literatura y cómo, a la sombra de los amores, odios y pasiones del ser humano,

5. Is. 2,4.

6. La traducción está tomada de Aurelio Espinoza Pólit, *Virgilio en verso castellano*, México, Jus, 1961, p. 3.

nació el cantar para todas las ocasiones y emociones de la vida, no menor perogrullada es decir que la guerra y la paz dieron vida a personajes y tipos literarios que han poblado el universo de lo literario: el amante como guerrero, el sacerdote como el conquistador y el aventurero, el predicador como el pastor y el agricultor, el soldado al lado del moralista y el depredador, el versero pueblerino, el sanguinario, el ambicioso, el gambusino, el capitán, el humanista o el valiente alimentados por viejos tópicos que brotados de la condición humana han dado cuerpo a tradiciones literarias de toda clase.

Son los viejos tópicos de los paraísos terrenales de que hablan los mitos; el del héroe ofendido que ve al honor como el más alto bien a defender; el del conquistador valiente que concibe la guerra como un mandato divino y una manera de honrar a los dioses; el del agricultor que ve en el apego doméstico a la labranza de la tierra una feliz alternativa a los males de la guerra; el del enamorado que percibe los frutos del amor como dones de la paz; y, en general, el viejo tópico retórico del *locus amoenus* que tantos servicios prestó a la literatura y que tantas formas revistió en ella. Si la guerra es el tópico de la familia literaria de lo épico, la paz lo es de todas las expresiones literarias de lo lírico.

#### LA HISTORIA VERDADERA

Esos mismos viejos tópicos literarios son los que atraviesan y estructuran la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo: la guerra y la paz, la espada y el crucifijo, Cortés y Olmedo, la mano y la boca, son otras tantas metáforas que de la guerra y la paz son expresadas por el grabado que constituye la portada de una de las dos “primeras” ediciones de la *Historia verdadera*, aparecidas ambas en Madrid en 1632 y que aún se disputan el título de edición príncipe. La diferencia más importante entre ambas ediciones, además de la portada —una lleva un grabado y la otra no—, es el capítulo 212 bis cuyo título es “De las señales y planetas que hubo en el cielo de Nueva España antes de que en ella entrásemos, y pronósticos de declaración que los indios mexicanos hicieron, diciendo sobre ellos; y de una señal que hubo en el cielo; y otras cosas que son de traer a la memoria”. Este capítulo parece haberse eliminado por mandato de alguien muy poderoso: no está, desde luego, en el manuscrito de Guatemala.

Independientemente del aún no del todo resuelto problema de cuál de ellas es la primera edición, la portada con que apareció la más probable de ellas, el grabado que reproducimos más adelante, es un excelente emblema del tema que nos ocupa. A saber: la guerra y la paz en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. La figura, según el grabado descrito más abajo, parece dar cuerpo a un lema que diría: *manu et ore condita*. Aunque podría ser *gladio et cruce condita* o *bello et pace condita*, cuyo referente sería América, tanto como la Nueva España o la ciudad de México. El emblema en cuestión presenta la Nueva España creada por obra y gracia de la guerra y de la paz.

Dicho grabado es del francés Jean I de Courbes, quien vivió en Madrid al menos de 1620 a 1640. He aquí, pues, el grabado referido y la descripción que de él hace el jesuita Carmelo Sáenz de Santamaría, autor de la única edición crítica completa que se ha publicado de la obra bernaldiana. La espada, desde luego, simboliza la guerra a lo largo y ancho de la

literatura, incluida la emblemática. Que la cristianización fue presentada por los misioneros como obra culmen de la paz, lo muestran muy bien *Los diálogos de 1524 según el texto de Fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas*.<sup>7</sup> He aquí, en primer lugar, el grabado:



Portada de la primera edición de 1632.

7. Edición facsimilar del manuscrito original, paleografía, versión del náhuatl, estudio y notas de Miguel León Portilla, México, UNAM, Fundación de Investigaciones Sociales, 1986. Véase, igualmente, Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, FCE, 1986.

La siguiente es la descripción que, de este grabado de Courbes convertido en portada, hace Sáenz de Santamaría:

es un pórtico con un escudo real entre las dos alas de un frontón partido. Sobre las alas dos ángeles con palmas en las manos. Una bola del mundo presentando América al pie del escudo; dos pares de columnas corintias sirven de fondo a las dos figuras nobles de la portada: Cortés a la izquierda y Olmedo a la derecha; sobre ambos en sendas cartelas: *Manu* y *Ore* forman la conclusión de la palabra *Condita* que está a la base de la bola del mundo. Cortés, armado con bastón de general y barba a lo Thebet, presenta en un escudo la escena del apesamiento de Moctezuma; Olmedo, con cruz enarbolada, ofrece a su vez otro escudo con escenas de bautismo. En el basamento en que se apoyan las columnas se distribuyen los escudos de Cortés y de la orden mercedaria, ocupando el centro un grabado que representa la ciudad de México. Todo ello formando orla al título de la obra, que está en letra bastardilla. Corriendo por el entablamiento los datos de la impresión, sin fecha, y el nombre del grabador: I. Courbes.<sup>8</sup>

Por tanto, según esta portada, la *Historia verdadera* que narra la gesta española del descubrimiento, conquista, pacificación y poblamiento de la Nueva España, propone que esta hazaña se hace en forma conjunta por medio de la mano de Hernán Cortés que esgrime la espada de la guerra en actitud vigilante (*manu*), y por medio de la boca de la predicación (*ore*) que conduce a la paz mediante la cristianización, simbolizada por una cruz enarbolada en actitud misionera. Sendas escenas de la captura de Moctezuma y la acción de bautizar simbolizarían los actos más significativos de la conquista: si la captura de Moctezuma da por terminada la conquista, con el bautismo de los indios concluye la colonización. El pórtico de la portada nos presenta, así, una ciudad de México, símbolo de la Nueva España, símbolo a su vez de América, en un proceso que va del furor épico de la guerra, a través de la espada, a la paz cristiana lograda mediante la evangelización cuyo símbolo es el crucifijo.

La obra bernaldiana, primicia de nuestra literatura, está tan impregnada de los sabores, formas, temas y símbolos de la guerra y de la paz que es una perogrullada intentar siquiera mostrarlo. Obra de un soldado, escrita sobre la guerra desde los pórticos de la paz, la *Historia verdadera* tuvo en sus orígenes, como lo muestra su versión más antigua, la pretensión de ser un *memorial de las guerras* de conquista, cuya forma primitiva aún se conserva en el capítulo 212 de la versión Guatemala. Amén de estar tejida con un precioso material que combina el muy dramático estruendo épico de la guerra de conquista con la nostálgica evocación de pacíficos paraísos construidos desde la paz.

La *Historia verdadera* no sólo es portadora del viejo y rico caudal de tópicos que fluye por las tradiciones de lo literario, sino que da puntual cuenta de los mitologemas de que se sirvieron los soldados para interpretar la hazaña y los motivos recónditos o explícitos que produjeron en ellos la energía de la conquista: que fue obra de caballeros andantes, que fue una carrera loca tras un mundo utópico lleno de riquezas, que fue una cruzada de cristianización de salvajes para lograr su salvación eterna,<sup>9</sup> una guerra de conquista, una misión catequética,

8. Carmelo Sáenz de Santamaría, en Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Madrid, Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM/Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo/Universidad Rafael Landívar, 1982, edición crítica por..., p. XXXI.

9. Recuérdese la segunda de las *Relecciones de Indias* de Francisco de Vitoria. Uno de los varios títulos que, según Vitoria, legitiman la guerra de conquista española es que "los cristianos tienen derecho de predicar y anunciar el evangelio en las provincias de los bárbaros" aunque el mismo Vitoria defendiera la máxima de que "la diversidad de religión no es causa de guerra justa". Véase Clemente Fernán-

un acto de civilización de un pueblo civilizado para con un pueblo salvaje, que fue una carrera loca en pos de una serie de espejismos paradisíacos contraluz de una España austera y seca, como una antigua cuaresma.

#### UN TEXTO SOSPECHOSO

Y sin embargo, con todas estas credenciales encima y pese haber corrido mundo entre las más prestigiadas obras literarias producidas por el siglo XVI, la historia del soldado metido a cronista no cuenta hasta la fecha con un texto digno de crédito: hoy disponemos, en efecto, de al menos tres versiones diferentes, dos de las cuales, con muchas cosas que explicar a cuestas, han alternado y aún se disputan el privilegio de la autografía en un muy largo ya camino empedrado de dimes y diretes en el que no se han despejado aún las nubes que impiden saber a ciencia cierta cuál es el texto que debe ser tomado como el original que salió de la pluma de Bernal Díaz del Castillo.<sup>10</sup>

Hay, en efecto, una tradición del texto bernaldiano remontable a un original enviado por Bernal a España, con la esperanza de que se lo publicaran, y que, en efecto, fue publicado, sólo que sesenta y dos años más tarde, en 1632, con una serie de retoques, interpolaciones y aún mutilaciones, producto de un variado cúmulo de intereses muy ajenos a Bernal. Es el “texto Remón”, base de la única edición crítica completa que de la *Historia verdadera* se ha hecho y aún hoy es el preferido por los editores europeos. Y está además el “manuscrito de Guatemala”, que entre algunos bernaldistas americanos se sigue llamando erróneamente “códice autógrafo”. Este manuscrito, originado en los borradores de Bernal, fue retocado y ampliado por manos muy distintas de la suya también con fines apologéticos e interesados. El llamado “manuscrito Alegría”, ya se sabe, no es un testigo independiente del texto bernaldiano, sino sólo una copia en limpio del Guatemala.

El texto muestra, además, una serie de otras cicatrices: en el manuscrito de Guatemala hay, por ejemplo, amén de tachaduras y añadidos, una serie de capítulos en que al lado del texto asumido como principal hay una versión anterior de él, considerado por Genaro García, entre otros, como un “borrador” que en muchos casos resulta más cercano a la versión Remón que al texto principal de la versión Guatemala. El análisis permite conjeturar que los borradores en cuestión serían los originantes de la versión que enviada por Bernal a España en 1575, maquillada por Remón e interpolada y falsificada por algún otro fraile mercedario, se convirtió en lo que hoy tenemos como la versión Remón.

Una segunda cicatriz del texto bernaldiano la constituyen tanto los comienzos como los finales de la obra. En resumen, hay dos comienzos y al menos cuatro finales diferentes:

dez, *Los filósofos escolásticos de los siglos XVI y XVII*, Madrid, BAC, 1986, p. 204. Para todo lo relativo a la postura de Francisco de Vitoria sobre el derecho de guerra, véase Ramón Hernández Martín, *Francisco de Vitoria. Vida y pensamiento internacionalista*, Madrid, BAC, 1995.

10. Véase nuestros ensayos “Autógrafos y apógrafos: el texto de la *Historia verdadera*”, en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España escrita por Bernal Díaz del Castillo. Estudios críticos*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 99-120; y “¿Cuál es el texto auténtico de la *Historia verdadera*?”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 48, vol. XII, 1991, pp. 67-87.

dos por versión.<sup>11</sup> El texto, en fin, ha sido muy manipulado y, a ese título, reescrito según diversos intereses y funciones muy distintos de los que ahora tiene y de los que el autor le asignó al escribirlo. Esas y otras de las cicatrices que el texto aún muestra dan muy bien fe del cúmulo de funciones que se han cargado sobre sus espaldas, todas ellas bajo el espectro de la guerra y el horizonte de la paz.

#### EL LIBRO DE LAS METAMORFOSIS <sup>12</sup>

En uno de los textos más tardíos de la *Historia verdadera*, al comienzo del capítulo primero según la versión Guatemala, Bernal, o quienquiera que sea el autor de esa parte del capítulo, describe las etapas de la hazaña narrada y, por tanto, del contenido de su obra en cuatro etapas: “descubrir y conquistar y pacificar y poblar”. Estas etapas, empero, en la mente del soldado escritor no son necesariamente sucesivas: de hecho, con frecuencia aparecen como simultáneas. Bernal muestra bien en su obra cómo cuando aún no se ha terminado la conquista ya ha empezado el poblamiento, una de las técnicas de la pacificación. Y viceversa: cuando ya parece concluido el proceso, tienen lugar nuevas prospecciones que lo hacen comenzar de nuevo: descubrir, conquistar, pacificar y poblar, en efecto, aparecen en la *Historia verdadera* más como un programa de realidades simultáneas relacionadas entre sí en forma dialéctica que como una secuencia de magnitudes sucesivas: si de la guerra nace la paz, en los sembrados de la paz se encuentran también los gérmenes de la guerra. Curiosamente, este programa con que el autor de este pasaje de la *Historia verdadera* sintetiza la hazaña de la conquista de la Nueva España coincide con el programa de la misión profética de Jeremías: “para que arrases y destruyas, para que edifiques y plantes”.<sup>13</sup>

Las dos primeras son empresas de la guerra; las dos últimas, en cambio, forman parte de los trabajos de la paz. Simultaneidades y dialécticas aparte, su acto de escribir seguiría fundamentalmente ese mismo recorrido: empieza siendo una simple y administrativa probanza de méritos alimentada por los servicios militares del soldado, pasa por la ambigua forma entre administrativa y literaria de una relación de hechos heroicos, se transforma en un ambicioso *memorial de las guerras* marcado por la apología<sup>14</sup> que sobrepasa los deberes y formas del simple informe administrativo y se acerca, mediante el formato de la crónica épica, al campo conceptual de la historia que, por lo dicho, es siempre una historia apologética. El corazón y estructura de todo esto es siempre la dialéctica de la guerra y la paz.

Bernal asume aquí un concepto muy griego de “historia” cercano al de Jenofonte: sólo puede escribir *historia* quien ha visto o quien se ha informado con rigor en “buenos

11. Para todo esto puede verse tanto mis ensayos anteriormente citados como la edición crítica que publica Sáenz de Santamaría.

12. Además de nuestros dos ensayos arriba citados y de la edición crítica de Carmelo Sáenz de Santamaría, remito al lector a los siguientes trabajos de este autor: “Importancia y sentido del manuscrito Alegría de la *Verdadera Historia* de Bernal Díaz del Castillo”, en *Revista de Indias*, XXI, enero-marzo 1951, pp. 123-141; *Introducción crítica a la Historia verdadera de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1966.

13. Jer 1,10.

14. En el capítulo 212 del manuscrito de Guatemala, se nos ha conservado un borrador de lo que habría sido el proyecto original del *memorial de las guerras*.

originales y autores fidedignos de aquello que narra y escribe”, como dice Cobarruvias.<sup>15</sup> En esto consiste su tantas veces exaltada retórica de los hechos. En la fase final de la evolución de su escrito, Bernal asume como sinónimos crónica e historia. La crónica se ha convertido en historia y la historia adopta la estructura de la crónica. Lo mismo pasa en la *Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas.<sup>16</sup> Si la *Historia General y Natural de las Indias* de Fernández de Oviedo cuenta entre sus modelos a Plinio y a Cicerón,<sup>17</sup> la *Historia verdadera* de Bernal recoge ese concepto de historia principalmente de sus contemporáneos y, aunque haya leído, evoque y se compare con Julio César,<sup>18</sup> le da el muy genérico sentido de “memoria de los hechos notables del pasado”.<sup>19</sup> La historia que Bernal escribe es una historia que lo implica vivencialmente en la medida en que sus contenidos forman parte de su vida tanto de hombre de guerra como de pacífico miembro del cabildo de Santiago de Guatemala hasta su muerte.

Así, una de las razones principales que da Bernal, en la parte tardía del capítulo I del manuscrito de Guatemala, para escribir su obra es, dice, “porque haya fama memorable de nuestras conquistas”. O, como dirá al final en el capítulo 212, “para que quede memoria de mi [...] para que mis hijos y nietos y descendientes osen decir con verdad: ‘estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre a su costa, y gastó la hacienda que tenía en ello, y fue en lo conquistar de los primeros’ [...] Para que digan en los tiempos venideros: esto hizo Bernal Díaz del Castillo”.<sup>20</sup>

La obra bernaldiana tal cual nos ha llegado a través del manuscrito de Guatemala, está estructurada como una magna inclusión textual que empieza en el capítulo I y se cierra en el capítulo 212, que la firma de Bernal presenta como uno de los varios finales que la obra tiene. Elementos de esa inclusión son la censura a los cronistas López de Gómara, Jovio e Illescas, que en vez de atenerse a los hechos escriben “del sabor de su paladar”, cuando la única retórica y elocuencia es la verdad; y, segundo, que la conquista de la Nueva España estuvo constituida por los “heroicos hechos y hazañas que hecimos cuando ganamos la Nueva España y sus provincias en compañía del valeroso y esforzado capitán don Hernando Cortés” (cap. 1) o, como dice en el capítulo 212, los “heroicos hechos y hazañas que hecimos en compañía del valeroso marqués Cortés”. Ambas redacciones son tardías y probablemente no son de Bernal quien, como aparece por ejemplo en el “borrador” del capítulo 212 del manuscrito de Guatemala, no duda en atribuir a Cortés la conquista: en vez del tardío “hecimos”, el texto primitivo describía el contenido de la obra como “las heroicas hazañas que hizo el marqués del Valle”.

La principal frase de esta magna inclusión, empero, es la que pone la pacificación como la actividad conclusiva de la conquista. En el capítulo uno leemos: “hemos servido a su Majestad en descubrir y conquistar y pacificar y poblar todas las más provincias de la Nueva

15. Sebastián de Cobarruvias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, México/Madrid, Turner, 1984, *ad loc.*

16. En el erudito prólogo que antecede a esta obra, luego de disertar sobre los motivos que tiene para escribirla, la llama reiteradamente “historia” para, finalmente, concluir: “y así esta corónica podrá engendrar menos fastidio”.

17. Véase Edmundo O’Gorman, *Cuatro historiadores de Indias*, México, Alianza Editorial Mexicana/Consejo Nacional para la cultura y las artes, Los noventa, núm. 25, 1989, pp. 41-67. Véase, igualmente, Walter Mignolo, *op. cit.*, p. 81.

18. “Me hallé en más batalas que Julio César”, dice en el capítulo 212 de la versión Guatemala.

19. W. Mignolo, *op. cit.*, p. 80.

20. Véase el “Estudio preliminar” de Carmelo Sáenz de Santamaría la edición Sopena de la *Historia verdadera*, Barcelona, 1975, p. 56.

España [...] la conquistamos y poblamos”. En el “borrador” del capítulo 212, en cambio, tras comparar la magnitud de la Nueva España en relación con Castilla, invita a sus lectores a mirar la Nueva España, cuatro veces mayor que Castilla, “e tengan atención y miren las muchas ciudades e villas que están pobladas y habitadas”. Para Bernal, el poblamiento implica la pacificación: las ciudades pobladas y habitadas constituyen uno de los símbolos de la paz y la documentan.

En consecuencia, toda la *Historia verdadera* termina adoptando la forma y la retórica de un discurso argumentativo que, si bien considera la conquista de la Nueva España como una epopeya más importante que la llevada a cabo por Julio César,<sup>21</sup> su más importante aportación a la corona no son sólo los valerosos actos de la guerra, sino la magna obra del poblamiento y pacificación logrados: lo que Bernal ofrece al la corona y por la que cobra sus servicios es por una Nueva España colonizada y en paz.

#### DESCUBRIR Y CONQUISTAR: LOS SIGNOS DE LA GUERRA

Es la primera meta de los expedicionarios españoles de que habla Bernal. En realidad parece un ocioso, además de otras cosas, perder el tiempo en mostrar que el tema central de la *Historia verdadera* es la guerra de conquista y poblamiento de la Nueva España por parte de los españoles: Bernal lo dice en todas partes. Uno de los primeros nombres de la obra fue *Memorial de las guerras*, según consta en un testimonio rendido por el mismo Bernal el 9 de junio de 1563, con ocasión de una probanza de méritos de la hija de Pedro de Alvarado, Leonor Xicotécatl de Alvarado. Pese a todos los problemas que el texto presenta, hoy podemos saber cuál era la forma probable de esa primitiva forma de nuestro texto. En el capítulo 212 de la versión Guatemala se nos ha conservado una relación de batallas bajo el título: “Memoria de las batallas y reencuentro en que me he hallado”. Con ella termina una de las versiones de la obra. Al final de ella, en efecto, el manuscrito de Guatemala recoge el nombre y firma del autor.

Al margen de estos problemas textuales, es fácil ver que los personajes de la obra de Bernal son soldados o capitanes que se ocupan de conquistar, primero, y de poblar, después. La *Historia verdadera* ofrece no sólo una detallada descripción de las armas defensivas y ofensivas tanto de españoles como de indios, sino de las tácticas militares de unos y otros.<sup>22</sup> Por la obra desfilan, por tanto, con el gafete de armas defensivas, la armadura, el peto, el capete, el casco y la babera (caps. 108, 121, 122); los gorjales, las antiparas, las celadas (cap. 145); el casco medio dorado (cap. 38, las colchas de algodón (cap. 9), las rodela (caps 4, 34), el bonete de armas (caps. 9, 90) y los “burros o mantas” (caps. 125, 166). En el casillero de las armas ofensivas, la *Historia verdadera* menciona las ballestas entre las que cataloga cuerdas, avancuerdas, nueces, casquillos, cepillos, ingüijuelas (caps. 23, 26, 147); escopetas y espingardas (caps. 2, 26, 204); los arcabuses (caps 161, 201); las espadas, los estoques, los

21. Julio César es citado por Bernal en los capítulos, 19, 59, 126, 162 y 203.

22. Para todo esto véase el índice temático de Sáenz de Santamaría en su edición crítica arriba citada.



cuchillos (caps. 4, 34); los tiros (caps 25, 148), falconetes, bombardas, pólvora, pelotas (caps. 24, 26, 68, 109) y hasta una catapulta que no funcionó en un asedio a Tlaltelolco (cap. 155).

Finalmente, Bernal habla con frecuencia de táctica militar (caps. 45, 62, 66, 68, 71, 75, 95, 108). Recojo aquí, para documentar este asunto, la descripción que hace en el capítulo 61 tanto de la recepción por parte de los tlaxcaltecas como del armamento de los españoles:

Nos dieron doscientos tamemes para llevar el artillería; que para nosotros los pobres soldados no habíamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teníamos que llevar, porque nuestras armas, así lanzas como escopetas y ballestas y rodela, y todo otro género dellas, con ellas dormíamos y caminábamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado, y como he dicho siempre muy apercebidos para pelear.

Uno de los principios de la táctica militar de que habla Bernal es, justamente, el deber del soldado de Cortés de traer siempre consigo sus armas. Así, dice Bernal que al que Cortés “hallaba sin armas o estaba descalzo los alpargates le reprendía y decía que ‘a la oveja ruin le pesa la lana’, y le reprendía con palabras agrias” (cap. 204). Forman, finalmente, parte de la táctica militar de los conquistadores, recogida en la *Historia verdadera*, una serie de normas tanto para los jinetes (caps. 33, 62, 65, 164, 166, 168) como para los escopeteros y rodeleros (caps. 4, 13, 26, 32, 65, 127, 137, 150). Ante Texcoco, Cortés da una serie de ordenanzas: no blasfemar, no tratar mal a los tlaxcaltecas, ni quitarles sus botines de guerra y demás cosas, no salir del campamento ni de día ni de noche para ir a ninguna parte, que los soldados lleven “buenas armas y bien colchadas, y gorjal y papahigos y antiparas y rodela”; que “ninguna persona jugase caballo ni armas por vía ninguna”; y, finalmente, “que ningún soldado, ni hombre de a caballo, ni balletero, ni escopetero, duerma sin estar con todas sus armas vestidas y con alpargates calzados” (cap. 148).<sup>23</sup> Definitivamente, concluiría Pero Grullo, la *Historia verdadera* habla de guerra.

#### PACIFICAR Y POBLAR

Las guerras fundadoras, civilizadoras o redentoras, como las que llenan la obra bernaldiana están fincadas en varios mitologemas cuyas raíces se hienden en la etapa mítica de todas las literaturas: el héroe es extranjero en el lugar donde actúa. Desde los héroes de la Odisea hasta los caballeros andantes cuyo modelo tanto sirvió de guía a los conquistadores y colonizadores españoles de la Nueva España.<sup>24</sup> La *Historia verdadera* es, a su modo, el relato de un viaje en que el historiador cronista, para dar la verdadera dimensión del tamaño de la empresa, enumera y relata, sí, las guerras, por pinceladas de detalles paradigmáticos, con sus peligros y dificultades, dándoles una magnitud grande por estar confrontadas con la paz del momento en

23. Véase lo dicho sobre el capítulo 204 a este respecto.

24. Funcionan, en la cultura occidental, varias modalidades del mitologema del salvador que viene de otro mundo para realizar su hazaña. Mírcea Eliade, por ejemplo, menciona al lado del mito de Superman, quien procedente de un planeta extraño viene a la tierra a realizar sus hazañas, el mito de Cristo quien, siendo de condición divina, asume la condición de hombre para llevar a cabo su obra de la redención del género humano. Yo he trabajado los Western de Marcial Lafuente Estefanía en donde invariablemente el héroe salvador es extranjero en el lugar donde lleva a cabo sus hazañas.

que tiene lugar la escritura. Pero también, como recurso narrativo de énfasis, va descubriendo y pincelando rincones fantásticos, personajes sorprendentes y encantadores, realidades fascinantes que configuran entre todas la grandeza del país pacificado y colonizado: la Nueva España, “una de las buenas partes descubiertas del Nuevo Mundo” (Guatemala, cap. 1).

Las obras literarias construidas en torno a un viaje forman parte de una literatura de descubrimiento. Y viceversa: la literatura de descubrimiento, como la *Historia verdadera*, adoptan la estructura de un viaje. En ambas tienen lugar varios procesos de apropiación a partir de una comparación de la realidad desde la cual se escribe con la otra, fantástica, construida o interpretada por el autor desde el paradigma de un paraíso terrenal pacífico y tranquilo y, en cuanto tal, alejado de los inconvenientes e imperfecciones ya de la vida cotidiana ya de otra índole, en que el autor hace las veces de un hermeneuta y el pacífico paraíso pincelado, las de referente hermenéutico. Esta comparación hermenéutica empieza por el léxico. En efecto, toda literatura estructurada de alguna manera por un viaje utiliza al “otro” y su lenguaje como recurso de su énfasis.<sup>25</sup> Como dice Bajtín,

la verdadera apariencia de uno puede ser vista tan sólo por otras personas, gracias a su exotopía espacial y gracias a que son otros. En el ámbito de la cultura, la exotopía es el mecanismo más poderoso de la comprensión. Una cultura ajena se descubre más plena y profundamente sólo a los ojos de otra cultura; pero tampoco en toda su plenitud, porque llegarán otras culturas que verán y comprenderán aún más.<sup>26</sup>

En resumen, si la *Historia verdadera* tiene la guerra como su objeto y razón de ser, por el mismo hecho, tiene la paz como referente, a cuyo trasluz la guerra es presentada y adquiere la dimensión pretendida por el autor. Por otro lado, los lugares, hechos y objetos fantásticos de que está salpicada no sólo son pinceladas de exuberantes paraísos, sino que presentan la empresa de la conquista como una magna obra completa realizada hasta en sus fases constructivas: pacificación y colonización. Las pinceladas y evocaciones de paraísos tienen la forma de un explícito diálogo con el “otro” que, para citar de nuevo a Bajtín, “supera el carácter cerrado y unilateral de ambos sentidos, de ambas culturas”. La *Historia verdadera*, como decía, es una obra que si bien versa sobre la guerra está escrita desde la paz. En sana hermenéutica, pues, la obra de Bernal debe ser leída en el seno de la tradición literaria de las obras escritas bajo el paradigma del viaje, en que el propio lenguaje se mide a otros lenguajes en un simple confrontar de realidades. Bernal lo hace a conciencia.

Desde los orígenes, las obras literarias estructuradas en torno a un viaje poblaron la literatura. Empero, durante el siglo XVIII, ese tipo de obras aumentan. En algunas de ellas, sus protagonistas son, de una u otra manera, viajeros que a través del descubrimiento de lugares fantásticos distintos del propio, conocidos en el transcurso de un viaje, someten su propia tierra a una despiadada crítica social, política, moral o religiosa. Otras veces, el protagonista es un extranjero que al visitar alguno de los países pretendidamente “civilizados” se extraña

25. Tzvetan Todorov, *La conquista de América. La cuestión del otro*, México, Siglo XXI, 1987.

26. Mijaíl M. Bajtín, *Yo también soy. (Frangmentos del otro)*, Selección, traducción, comentarios, prólogo de Tatiana Bubnova, México, Taurus, La huella del otro, 2000, p. 159. Roland Barthes observa en *El placer del texto* cómo la desnudez total no es erótica: cómo el placer erótico procede de la contrastación entre lo desnudo y lo cubierto. Véase también mi ensayo “Tradición y crisis en las ciencias del texto”, Zamora, *Relaciones*, núm. 71, vol. XVIII, verano de 1997, pp. 101-136.

vivamente de una serie de costumbres vigentes en esa sociedad “civilizada”. Tal sucede en obras como *Los viajes de Gulliver* de Swift o *Candide*, de Voltaire, que ilustran el primero de los casos; o en las *Cartas persas* de Montesquieu y *El Ingenuo*, también de Voltaire, que documentan el segundo. Descubrir paraísos perdidos se convirtió en la literatura como un recurso para la crítica, en la medida en que estimula la medición estricta, y por lo tanto en un elemento del progreso y construcción sociales. El tema del viaje está relacionado en la literatura con el exotismo y, desde luego, con la figura del buen salvaje. El descubrimiento de nuevas tierras en el siglo XVI, como lo muestra la obra de Bernal, permitió a la conciencia europea modificar, parcialmente al menos, sus concepciones sobre la primacía de sus valores de civilización. Aunque con la indumentaria de una historia fincada en la retórica de los hechos, la obra bernaldiana produce los mismos efectos de sentido que esas obras literarias.

De hecho, el construir un vocabulario para la nueva realidad y forzar el de la propia lengua para poder hablar de ella, traducírsela a los que no la conocían, es no sólo un acto de medición, sino ya un acto de construcción. Con ello empieza un proceso no sólo de medición del *yo* con el *otro*, sino de verdadera apropiación de los tales paraísos recién hallados: es que los paraísos, encontrados o contruidos, son siempre mundos que conducen, por el solo hecho de maravillar, a la medición y al deseo: por el solo hecho de ser maravillosos se convierten en proyecto, en refugio y en sueño. La primera apropiación de las cosas tiene lugar cuando se les pone nombre: nombrar una cosa es, en efecto, un acto de dominio, es apropiarse de ella. Si la cuadrícula lingüística de la realidad es ordenar el mundo de acuerdo con la propia experiencia de él, nombrar las cosas es no sólo reconocer la importancia que ellas tienen para la experiencia común, sino de hecho declararlas expresamente parte de ella.

El primer acto de tal medición es el lenguaje, encontrar palabras para hablar de las cosas que por la experiencia se han domesticado: las palabras son, en efecto, la codificación de la experiencia compartida. Una lengua histórica, por tanto, no es otra cosa que una codificación de la experiencia tradicional de un grupo humano: una lengua es la tradición hecha lenguaje en relación con la experiencia colectiva del mundo. Dicho de otro modo, una lengua histórica es una especie de enciclopedia que contiene, codificadas, las más importantes experiencias que un pueblo tiene de la realidad. Un hablante lo que hace es traducir su experiencia individual a las categorías de la experiencia colectiva: el proceso inverso tiene lugar con sus interlocutores.

Cuando una experiencia individual o una realidad no está codificada colectivamente, como en los casos de un mundo nuevo de la poesía o experiencias como la mística, entonces, es imposible hablar directamente de ellas: es necesario hacerlo forzando la lengua común. En efecto, hablar de realidades no codificadas por no formar parte, por la razón que sea, de las experiencias compartidas, se convierte en un estirar la propia lengua mediante metáforas, analogías, comparaciones y, en general, el recurso de partir siempre de lo conocido: del hablar tradicional. La experiencia de la realidad que subyace al hablar es siempre de índole tradicional. Por tanto, las experiencias nuevas que el grupo humano en cuestión va adquiriendo tienen que ser procesadas siempre a través de la experiencia tradicional. Como sucede con las experiencias individuales: cualquier pensamiento o experiencia nuevos que tenga un miembro de una comunidad son siempre asumidos a través del lente de la tradición. Como hemos visto que sucede en el caso del hablar. De esta manera, los pensamientos y experiencias individua-

les son siempre de índole histórica y social. La tradición no es sólo un sistema hermenéutico, sino que asumida en su funcionamiento integral adopta la forma de un verdadero sistema semiótico.<sup>27</sup>

Tal es el problema que enfrentan los conquistadores a la hora de construir sobre los escombros dejados por la guerra: pacificar y colonizar. Cómo apropiarse culturalmente el nuevo mundo que acababan de apropiarse por la guerra: cómo integrarlo a los horizontes de la propia experiencia. Ese esfuerzo es evidenciado por Bernal en algunos pasajes muy brillantes de su obra: la gran dificultad por describir una realidad exuberante y fantástica con una lengua austera y léxicamente muy pobre como es el español de los conquistadores. Los problemas de re-lexicalización del español, a saber, a raíz del riquísimo mundo recién apropiado, como acto primero de reconstrucción de la paz.

En efecto, los universos fantásticos y los paraísos de cualquier tipo que sea presentan un problema lingüístico que se reduce en primera instancia a un riguroso medirse con ellos, y luego en un írselos apropiando. De tan nuevos, fascinan: lo que sobresale en ellos es la percepción viva de que se está ante una realidad tan diferente y, en ese sentido, tan “nueva”, que no hay aún clichés para ella: no hay palabras para hablar de ella. La comunicación lingüística lleva implícito el impulso de construir. *La Historia verdadera*, pues, amén de guerras, conquistas y destrucción, versa sobre un igualmente extenso proceso de construcción cuyo punto de partida es la comunicación lingüística que aparece en prototipos como la Malinche o Jerónimo de Aguilar. Pero, desde luego, no fue el único tipo de comunicación que tuvo lugar durante la conquista. Ya Robert Ricard habló de una “conquista espiritual” que tuvo episodios y actos de heroísmo tan fascinantes como abominables fueron los de la otra conquista.

#### PALABRAS FRESCAS PARA UN MUNDO NUEVO

Ya muchos han mencionado que la visión del nuevo mundo para los europeos significó, ante todo, poner nombre a una realidad exótica y desconocida no incluida, desde luego, en el bagaje verbal del español del siglo XVI. A través de un gran flujo de palabras recién acuñadas, Bernal va haciendo, en efecto, que lo exótico se vuelva familiar: Bernal pone magistralmente en evidencia el proceso de apropiación verbal de la realidad que tiene lugar en los conquistadores cuando tratan de construir, en la paz, sobre los escombros dejados por la guerra.

El tópico de la paz aparece, en efecto, en la manera como Bernal exalta el valor, el genio militar de los mexicanos y sus armas ofensivas y defensivas, tanto como en la genuina sorpresa que le produce el mundo nuevo conquistado que es descrito en la terminología espectacular en que los libros de caballerías, entre otros, utilizaban el tópico del *locus amoenus*. En términos, a saber, de una fantástica abundancia en un universo poblado de realidades maravillosas que solas bastan para que los males de la guerra valgan la pena. Como construcción

27. Sobre los contenidos de la tradición y su importancia para el conocimiento, véase Hans Georg Gadamer, *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977, especialmente pp. 331-353. Véase también Illka Niiniluoto, *Is Science Progressive?*, Dordrecht/Boston/Lancaster, D. Reidel Publishing Company, 1984, especialmente, pp. 1-9. Desde luego, obra clásica de esta cuestión es *La estructura de las revoluciones científicas* de T. S. Kuhn, México, breviario 213 del FCE, 1983.

literaria, la *Historia verdadera* ha sido encomiada, entre otras cosas, por la frescura con que el autor va dejando constancia de las impresiones que el rebotante universo americano causa en los conquistadores que se ven obligados a poner nombre a realidades hasta entonces totalmente desconocidas para el hablante español.

Para los españoles del siglo XVI, el haberse topado de buenas a primeras con las tierras americanas fue, desde luego, un auténtico descubrimiento. Impresionan, por ejemplo, los malabarismos que hace el jesuita José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*<sup>28</sup> para hacer caber la realidad americana dentro de los estrechos moldes de la cosmovisión europea. Una de las cosas que más agradan, en cambio, en la *Historia verdadera*, es la sensación de novedad y frescura que desprende. El texto bernaldiano es, en primera instancia, un panegírico al mundo recién descubierto: todo le parece fantástico a Bernal. Gran placer causa, por ejemplo, el relato de la estupefacción que produce a los conquistadores españoles la vista de la ciudad de México, de que Bernal da emotiva cuenta en éste multicitado y encomiado pasaje:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aún soñadas, como veíamos [...] Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable de verlo y pasarlo, que no me hartaba de mirarlo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce [...] Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como éstas; porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria de él (cap. 87).

En esto consiste el problema de vocabulario que se le presenta a Bernal: cómo contar cosas nunca oídas, ni siquiera soñadas, para las que no tenía palabras a la mano. Más adelante, en el capítulo 91, le pasa lo mismo: Bernal está muy impresionado por el “gran Montezuma” y tiene, de nuevo, el problema de cómo nombrar tanta cosa nueva y maravillosa como se le presentan a sus ojos. Así, al paso que el cronista va mostrando “cuán grande señor era” Moctezuma, describe estupefacto todo lo que ve:

En el comer, le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados hechos a su modo y usanza; y teníanlos puestos en braseros de barro, chicos, debajo, porque no se enfriasen. E de aquello que el gran Montezuma había de comer guisaban más de trescientos platos ... porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves y cosas

28. Edición preparada por Edmundo O’Gorman, 2ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1985. Por ejemplo, a partir del capítulo 20 del libro primero, discute específicamente, supuesto el diluvio universal de que habla la Biblia, cómo fue que llegaron los animales a América. Antonello Gerbi discute el caso de Fernández de Oviedo, entre muchos otros de los primeros cronistas de América a quienes impresionan las novedades americanas, *Naturaleza de las Indias Nuevas*, traducción de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

que se crían en esta tierra, que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto [...] Y más digo, que se me había olvidado, que es bien de tomarlo a recitar, y es, que le servían al Montezuma estando a la mesa cuando comía, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas; hacían tortillas ama con huevos y otras cosas sustanciosas, y eran las tortillas muy blancas, y traíanselas en unos paltos cobijados con paños limpios, y también le traían otra manera de pan que son como bollo largos, hechos y amasados con otra manera de cosas sustanciales, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, que es a manera de unas obleas.<sup>29</sup>

“Nombrar”, pues, es de lo que se trata: poner nombre a una realidad exótica y desconocida no incluida, desde luego, en el bagaje verbal del español del siglo XVI. Nombrar, desde luego, es obra de construcción: la lexicalización de una realidad en los moldes lingüísticos de una lengua es un acto de incorporación de realidades y experiencias en vistas a la comunicación en la convivencia cotidiana. Sin embargo, la actitud que se asume ante una lengua y una cultura extrañas es un indicador bastante preciso de la apertura y disponibilidad que se tiene ante lo nuevo. Bernal no sólo fue un agudo observador y un gran memorioso, sino una persona permeable ante lo nuevo y ávido de aprender. Son frecuentes las frases como la anterior: “que en esta parte así se dice”. Se aprende y trata de reproducir los nombres que estas realidades fantásticas ya tienen. Lo hace con los topónimos, nombres de personas, de flores, de plantas, de animales, de cargos, de cosas o de lo que sea.

“Porque la primera dificultad –escribe Manuel Alvar– estaba en dar nombre a lo que, como en un paraíso recién estrenado, todavía no lo tenía en la cultura de Europa. El conquistador se valió de su propio instrumento lingüístico o tuvo que engendrar una especie de mestizaje, el primero y más inmediato: el de recibir la fecundación de la nueva vida”.<sup>30</sup>

En su necesidad de poner nombre a una realidad que aún no lo tiene, Bernal sigue dos caminos: el primero y más natural es ir adaptando su lengua, la de su Castilla la Vieja, a las voces del mundo nuevo, o si se quiere al revés: va no sólo adaptando las voces del mundo nuevo a su molde lingüístico, sino a realidades tan distintas, tan sin nombre, como las que le van saliendo al paso cada día. Es curioso este proceso lingüístico, al margen de gramáticas y diccionarios, por el que una nueva realidad es ajustada a las posibilidades categoriales de que dispone una lengua. ¿Cómo hacerle ante una flora y una fauna desconocidas y sin nombre en el castellano del siglo XVI? “Emplea –dice Alvar– los términos patrimoniales para designar conceptos nuevos *adive* ‘coyote’, *tigre* ‘jaguar’, *león* ‘puma’, *lagarto* ‘caimán’. En nada de esto hay novedad. Es el proceso de adaptación”.<sup>31</sup>

Este proceso de adaptación es, en realidad, un principio hermenéutico: Bernal quiere probar que la tierra por ellos descubierta, conquistada, pacificada y poblada, la Nueva España, “es una de las buenas partes descubiertas del Nuevo Mundo” (Guatemala, cap.1).<sup>32</sup> Para probarlo, emplea la retórica de decir lo que ve según, dice, “nuestro hablar de Castilla la Vieja y que en estos tiempos se tiene por más agradable”. Esa es su herramienta y esas sus posibili-

29. El capítulo 201 nos recoge un par de menús de ensueño sólo que mestizos: los conquistadores han sido conquistados por la exuberante realidad que desborda sus clichés europeos.

30. Manuel Alvar, “Bernal Díaz del Castillo”, en *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. I, época colonial, Madrid, Cátedra, 1982, p. 131.

31. *Op. cit.*, pp. 133.

32. En el capítulo XVIII de la edición Remón la frase es así: “ganamos esta tierra que es una buena parte del Nuevo Mundo”.

dades, de las que Bernal tiene que echar mano aún cuando las realidades que intenta describir no quepan en ellas.

Este camino de la adaptación léxica es, después de todo, un camino normal de la denominación lingüística. Así surgen, por ejemplo, las metáforas que no son otra cosa sino mecanismos para domesticar una realidad desbordada. Las lenguas son, en efecto, sistemas de categorías en los que está vertido el bagaje común de la experiencia cotidiana de los pueblos. La metáfora, comparación lexicalizada, surge cuando la realidad desborda la experiencia compartida. Es el tipo de problema a que se enfrenta Bernal. Veamos un caso en el capítulo 91, arriba citado: “que tres indios hay ahora en la ciudad de México tan primísimos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en el tiempo de aquel antiguo o afamado Apeles, o de Micael Angel, o Berruguete, que son de nuestros tiempos, también les pusieran en el número de ellos”.

Es una estricta medición comparativas de unas realidades desconocidas con otras conocidas: tal es el origen de las metáforas. Pero hay otro camino irremediable. Por un lado, la realidad nominada no cabe en los viejos moldes europeos y, por otro, ya tiene un nombre. Tras previa domesticación fonética, primer paso en la apropiación lingüística, el cronista va incorporando a su relato un gran flujo de palabras de esta manera acuñadas, que hacen que lo exótico se vuelva familiar. El cronista, dice Manuel Alvar, oyó

y nos transmitió cuidadosamente lo que había oído. Unas palabras, las más, tal como él las transcribió así se han perpetuado *cacao*, *copal*, *chía*, *chimole*, etc., otras han persistido, pero bajo forma o significado distintos *amal* como *amate*, *masteles* como *mastate*, *quilites* como *quelites*, *chalchuite* no como “jade”, sino como “baratija”, otras han desaparecido *acal*, *nahuatato* “intérprete de lengua náhuatl”, *papa*, etc. y unas cuantas –por último– jamás se han recogido *totoloque*, *xihuaquetlan*. Este variado panorama muestra bien a las claras que el cronista tuvo el don de la observación exacta: no sólo para narrar en su lengua, sino, también, para aprehender una circunstancia que era hartamente diversa de la que configurada.<sup>33</sup>

Hay, pues, en la obra de Bernal tres tipos de vocabulario: el primero de ellos es el que emplea para describir las tareas ordinarias. Este primer tipo de vocabulario –en el que abunda la terminología de los navegantes y soldados de la época– corresponde al habla común de la gente de cultura media –no al vulgo– en la Castilla del siglo XVI: es el castellano fundamental en el que Bernal es un caso análogo al de santa Teresa. El cronista que no sabía latín, que no tenía más retórica que la verdad, que llegó a considerar las palabras de su obra como “tan groseras y sin primor” (Guatemala: 18); tiene, sin embargo, excelentes dotes literarias de narrador y puede, por ello, estirar este vocabulario en una tierra tan diferente hasta ponerlo al alcance de voces y realidades del Nuevo Mundo: la lengua de Bernal se muestra permeable a las nuevas realidades y, como decía, a sus simbolizaciones lingüísticas.

La parte más importante de este primer tipo de vocabulario, desde luego, proviene de la vertiente popular del castellano del siglo XVI.<sup>34</sup> De allí vienen, por ejemplo, arreo, artesa,

33. *Op. cit.*, p. 132.

34. La mayor parte del vocabulario del español fundamental del siglo XVI empleado por Bernal es consignado por Cobarruvias en su diccionario. Desde luego, la de Bernal no es el habla del vulgo. Como se sabe, el habla castellana aún no había sido fijada en el siglo XVI. En tiempos de Bernal hay dos vertientes: una culta o de escuela, de corte latinizante, y otra popular de ortografía aún confusa.

almojarifazgo, atabal, bramuras, capillo, copia, cresco, cuezo, deservido, dueña, dulzaína, encoclar, engarrado, esquifado, estevado, falconete, garlito, galga, gálibo, gaznate, guijal, guindaleza, hedentina, jorro, latino, lebrel, maestresala, matachín, matalotaje, ayorazgo, mayordomo, maza, mazagato, marlota, médano, molledo, ordenanza, paramento, pasquín, pasmo, peñol, policía, presto, rebato, recaudo, remuda, repecho, rodela, romo, sacabuches, salva, sartalejo, sarteneja, síndico, tasajo, tejuelo, trasmano, trinquete, tronera, tundir, vacar, vega, vitualla, vituperio, zaborar, zahumerio, zalagarda, zaragüelles, zarzaparrilla, etcétera.

El segundo tipo del vocabulario bernaldiano es de índole semiculta. Está acuñado sobre los patrones literarios y culturales que el cronista tuvo a su alcance: los libros de caballerías, el romancero, el refranero, el cancionero tradicional y, desde luego, libros de historia. Bernal, que tan vehementemente se lanza contra los latinos y los retóricos, muestra una cultura respetable y una nada desdeñable retórica.<sup>35</sup> No sólo sabe de Roldán (cap. 126) y de Amadís (cap. 87),<sup>36</sup> sino que está muy enterado de *La Ilíada* (caps. 126, 156, 214), de las hazañas de Julio César (caps. 19, 59, 126, 162), de la historia romana (caps. 6, 16, 52, 156), de las guerras africanas con España (caps. 19, 162), de pintura (caps. 91) y, desde luego, está muy al tanto de la obra de historiadores de la conquista española como Francisco López de Gómara,<sup>37</sup> Paulo Jovio<sup>38</sup> y Gonzalo Illescas.<sup>39</sup> De aquí resulta el componente culto del vocabulario de Bernal. De la textualidad gnómica del siglo XVI, por poner sólo un ejemplo, quiero mencionar, por venir al caso, el tipo de acercamiento semántico que va de lo más conocido a lo desconocido: así se refiere al trato que Cortés da a los suyos cargándolos de oro, joyas y otros bienes, “como abejas a las colmenas” (cap. 120); o, dice, preguntar por indias que soldados españoles habían desaparecido, dice, era “como buscar a Mahoma en Granada o a ‘mi hijo *el bachiller*’ en Salamanca” (cap. 43).

El tercer tipo de vocabulario está tomado de la realidad descrita que es, desde luego, una realidad viva: es el que emplea para describir el mundo que les va saliendo al paso. Está constituido, por ello, no sólo por los topónimos y vocablos relativos a los grupos étnicos y su organización social, sino por palabras relativas a la flora, la fauna, los usos y costumbres, la indumentaria, la vida social indígena, las armas, las fiestas, las danzas, los torneos, los banquetes y cosas así: es un vocabulario totalmente nuevo en el flujo del español que hablaban los conquistadores al llegar. Este vocabulario de Bernal muestra muy bien no sólo una

---

El vocabulario de Bernal se adscribe, desde luego, en esta segunda corriente. Véase, sobre este asunto, el libro de Werner Bahner, *La lingüística española del siglo de oro*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1966; Antonio Alatorre expone en forma erudita el estado del castellano en el siglo que nos ocupa en su libro *Los 1,001 años de la lengua española*, edición corregida y aumentada, México, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 1989.

35. De hecho, toda la *Historia Verdadera* es una magna argumentación, construida sobre el argumento inductivo del *exemplum*, para mostrar cuán grande fue la hazaña de la conquista y colonización de la Nueva España.
36. Sobre la influencia que en los conquistadores tenían los libros de caballerías, Véase Irving Leonard, *Los libros del conquistador*. Hay varias ediciones.
37. *Hispania Victrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias con todo el descubrimiento desde que se ganaron hasta el año de 1551, con la conquista de México y de la Nueva España, Zaragoza, 1552.*
38. *Elogios o vidas breves de los cavalleros antiguos y modernos, ilustres en valor de guerra que están al bivo pintados en el museo de P. J.*, tradúxolo de latín en castellano el licenciado Gaspar de Baeza, Granada, 1568. Hace un retrato de Cortés y menciona sus hazañas en uno de sus capítulos. A ello es a lo que se refiere Bernal.
39. *Historia pontifical y católica en la cual se contienen las vidas y hechos de todos los sumos pontífices romanos, 1564.* Dedicó unas páginas del capítulo octavo del libro sexto a hablar de Cortés. Son estas páginas las que molestan a Bernal.



colonización avanzada en cuanto expresión de un proceso de pacificación, sino a un Bernal que sabe oír, que transcribe y fonetiza las palabras de las lenguas americanas que es, en suma, permeable a las voces del Nuevo Mundo. Cuando Bernal escribe, en efecto, ya han entrado al flujo léxico de los conquistadores numerosas palabras de origen indígena; otras, están apenas siendo introducidas. Hay entre ellas, desde luego, las voces indígenas, por lo general de origen náhuatl, aunque no todas vengan de allí.<sup>40</sup> Su grado de mestizaje es variable como se puede ver por estos ejemplos: cacao, petate, chalchihuite, macahuitl, maceguals, tamal, tianguis, tatuán, xical, xiquipil. Los tainismos, en cambio, fueron traídos desde Cuba y aclimatados por los mismos conquistadores.

Así, entre muchas otras que no viene al caso mencionar,<sup>41</sup> aparecen en la *Historia verdadera* palabras como acales (cap. 45), ají (caps. 83, 161), barbacoa (cap. 156), cacahuatl (cap. 180), cacao (cap. 91, 214), cacica (37), cacique (49), canoa (caps. 2, 7), copal (cap. 70, 92), cú, chalchihuites (61, 92), guayaba (cap. 162), hamaca (cap. 111), henequén, (cap. 13), iguana (cap. 178), macana (caps. 128, 140), macegual (cap. 81), maguey (caps. 62, 133), maizal / milpa (cap. 128), mamey (cap. 13), naguas (cap. 2, 92), nahuatato (cap. 132), ocote (cap. 92), petate (19, 39), piragua (caps. 2, 51), quetzal (cap. 91), quilite (cap. 151), sabana (caps. 33, 44, 169), tabaco (cap. 91), tamal (cap. 177), tameme (caps. 45, 61), teul / teules (caps. 47, 70, 88, 90), tianguis (cap. 92), tomate (cap. 83), tuna (caps. 73, 155), yuca (cap. 1) o zapote (caps. 11, 178, 181).

De esta labor de pacificación recojo aquí, para terminar, un par de hermosos episodios que, al paso que muestran las excelentes dotes literarias de Bernal, pincelan de manera excelente cómo en la obra bernaldiana las construcciones de la paz sobre los escombros de la guerra frecuentemente empalman con la zozobra de la lucha: el de Gonzalo Guerrero y el de la siembra de las naranjas. Gonzalo Guerrero es como el clérigo traductor Jerónimo de Aguilar, un sobreviviente en Yucatán de fracasadas expediciones anteriores. Cortés les manda una expedición desde Cozumel con cartas y rescate en cuentas. Liberado Aguilar, va por Guerrero a quien encuentra medio aindiado, bien casado y con tres hijos. Guerrero se niega a ser rescatado por Aguilar con estas palabras:

Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras: íos vos con Dios; que yo tengo labrada la cara e horadas las orejas; ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis estos mis tres hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis desas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra (cap. 27).

Finalmente, el hermoso pasaje de la siembra de los naranjos por la zona de Coatzacoalcos es símbolo de muchas cosas en el ánimo y escritura de Bernal. Por ejemplo, que la guerra, aunque opuesta a la paz, no la excluye, sino que coexiste con ella: la guerra encierra siempre los gérmenes de la paz y viceversa. El episodio muestra a un soldado en actitud no de

40. Así lo demuestra Hugo A. Mejías en su libro *Préstamos de lenguas indígenas en el español americano del siglo XVI*, México, UNAM, 1980. En el vocabulario bernaldiano hay, por lo menos, voces de origen maya como cu, henequén y alguna otra.

41. Puede verse la edición crítica de la *Historia verdadera* hecha por Sáenz de Santamaría citada arriba: Sáenz entresaca, clasificándolo, el léxico más importante de Bernal.

destruir, sino de sembrar: curioso soldado que no sólo siembra unas semillas de naranja y está al pendiente de su suerte, sino que le interesa que quede constancia de que él, con esta acción, inaugura, aún en plena guerra, el tiempo de edificar y plantar: el tiempo de la paz. Desde el punto de vista de los problemas textuales, este episodio, del capítulo XVI, muestra muy bien las peripecias sufridas por el texto de la *Historia verdadera*: se encuentra en el manuscrito que fue enviado a Madrid por Bernal en 1575 y, por tanto, aparece en la primera edición de 1632. Sin embargo, aparece tachado en el manuscrito de Guatemala. El pasaje dice así:

También quiero decir cómo yo sembré unas pepitas de naranjas junto a otras casas de ídolos, y fue desta manera: que como había muchos mosquitos en aquel río, fuime a dormir a una casa alta de ídolos, e allí junto aquella casa sembré siete u ocho pepitas de naranjas que había traído de Cuba, e nacieron muy bien; parece ser que los papas de aquellos ídolos les pusieron defensa para que las comiesen hormigas, e las regaban e limpiaban desde que vieron que eran plantas diferentes a las suyas. He traído aquí esto a la memoria para que se sepa que éstos fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva España.

En conclusión, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* es una obra que fue creciendo al ritmo de la vida instigada por los dinámicos horrores de la guerra. Bernal pone de manifiesto que, al contrario de *Cohélet* y del refranero mexicano para el que “hay tiempos de tronar los ‘cuetes’ y tiempos de juntar varitas”, los tiempos de guerra son también tiempos para nacer, plantar y sanar; tiempos para reír, para hablar y para danzar; tiempos para buscar, para recoger piedras, para guardar, para coser y para edificar; tiempos para abrazarse y para amar. Que, en suma, los tiempos para la guerra siempre son tiempos adecuados para construir y sembrar la paz.